

Domingo X del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Ángelus 9.VI.13 y Homilías 17.IX.13 y 16.IX.14
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Antoni CAROL i Hostench** (Barcelona, España) (www.evangelii.net)

DEL MISAL MENSUAL

HIJO ÚNICO DE UNA VIUDA

1 R 17, 17-24; Ga 1,11-19; Lc 7,11-17

Los dos relatos son tan semejantes que pareciera que el primero sirvió de modelo para la redacción del segundo. En ambos encontramos una mujer viuda, madre de un hijo que muere repentinamente dejándola en el desamparo; en ambos, los hijos son vueltos a la vida por un hombre de Dios que es reconocido como profeta. Una pequeña diferencia es que Elías intercede ante Dios por el muchacho, mientras que en el Evangelio, el Señor Jesús actúa por iniciativa propia. El primer relato destaca la fuerza de la intercesión y la confianza que Elías tiene en Dios, mientras que el segundo enfatiza la eficacia de la palabra de Jesús, que dispone soberanamente de la vida. A través de este y otros milagros, Jesús se revela como un sanador compasivo que está siempre atento a las urgencias y necesidades de las personas más desamparadas.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 26, 1-2

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? Cuando me asaltan mis enemigos, tropiezan y caen.

ORACIÓN COLECTA

Señor, Dios, de quien todo bien procede, escucha nuestras súplicas y concédenos que comprendiendo, por inspiración tuya, lo que es recto, eso mismo, bajo tu guía lo hagamos realidad. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Tu hijo está vivo.

Del primer libro de los Reyes: 17, 17-24

En aquellos días, cayó enfermo el hijo de la dueña de la casa en la que se hospedaba Elías. La enfermedad fue tan grave, que el niño murió. Entonces la mujer le dijo a Elías: “¿Qué te he hecho yo, hombre de Dios? ¿Has venido a mi casa para que recuerde yo mis pecados y se muera mi hijo?”

Elías le respondió: “Dame acá a tu hijo”. Lo tomó del regazo de la madre, lo subió a la habitación donde él dormía y lo acostó sobre el lecho. Luego clamó al Señor: “Señor y Dios mío, ¿es posible que también con esta viuda que me hospeda te hayas irritado, haciendo morir a su hijo?”

Luego se tendió tres veces sobre el niño y suplicó al Señor, diciendo: “Devuélvele la vida a este niño”. El Señor escuchó la súplica de Elías y el niño volvió a la vida.

Elías tomó al niño, lo llevó abajo y se lo entregó a su madre, diciendo: “Mira, tu hijo está vivo”. Entonces la mujer dijo a Elías: “Ahora sé que eres un hombre de Dios y que tus palabras vienen del Señor”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 29, 2.4. 5-6. 11-12a. 13b

R/. Te alabaré, Señor, eternamente.

Te alabaré, Señor, pues no dejaste que se rieran de mí mis enemigos. Tú, Señor, me salvaste de la muerte y a punto de morir, me reviviste. **R/.**

Alaben al Señor los que lo aman, den gracias a su nombre, porque su ira dura un solo instante y su bondad, toda la vida. El llanto nos visita por la tarde; y en la mañana, el júbilo. **R/.**

Escúchame, Señor, y compadécete; Señor, ven en mi ayuda. Convertiste mi duelo en alegría, te alabaré por eso eternamente. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Dios quiso revelarme a su Hijo, para que yo lo anunciara entre los paganos.

De la carta del apóstol san Pablo a los gálatas: 1, 11-19

Hermanos: les hago saber que el Evangelio que he predicado, no proviene de los hombres, pues no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.

Ciertamente ustedes han oído hablar de mi conducta anterior en el judaísmo, cuando yo perseguía encarnizadamente a la Iglesia de Dios, tratando de destruirla; deben saber que me distinguía en el judaísmo, entre los jóvenes de mi pueblo y de mi edad, porque los superaba en el celo por las tradiciones paternas.

Pero Dios me había elegido desde el seno de mi madre, y por su gracia me llamó. Un día quiso revelarme a su Hijo, para que yo lo anunciara entre los paganos. Inmediatamente, sin solicitar ningún consejo humano y sin ir siquiera a Jerusalén para ver a los apóstoles anteriores a mí, me trasladé a Arabia y después regresé a Damasco. Al cabo de tres años fui a Jerusalén, para ver a Pedro y estuve con él quince días. No vi a ningún otro de los apóstoles, excepto a Santiago, el pariente del Señor.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 7, 16

R/. Aleluya, aleluya.

Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo. R/.

EVANGELIO

Joven, yo te lo mando: Levántate.

Del santo Evangelio según san Lucas: 7, 11-17

En aquel tiempo, se dirigía Jesús a una población llamada Naím, acompañado de sus discípulos y de mucha gente. Al llegar a la entrada de la población, se encontró con que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de una viuda, a la que acompañaba una gran muchedumbre.

Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: “No llores”. Acercándose al ataúd, lo tocó y los que lo llevaban se detuvieron. Entonces dijo Jesús: “Joven, yo te lo mando: Levántate”. Inmediatamente el que había muerto se levantó y comenzó a hablar. Jesús se lo entregó a su madre.

Al ver esto, todos se llenaron de temor y comenzaron a glorificar a Dios, diciendo: “Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo”.

La noticia de este hecho se divulgó por toda Judea y por las regiones circunvecinas.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Se dice Credo

PLEGARIA UNIVERSAL

Dirijamos, hermanos, nuestra oración a Dios Padre misericordioso, con aquella confianza filial que el Espíritu de Cristo ha infundido en nuestros corazones, diciendo: Padre, escúchanos. (R/. Padre misericordioso, escúchanos.)

Por el santo Padre, el Papa Francisco, para que Dios, que lo eligió como obispo de toda la Iglesia, le conceda una vida larga y feliz y lo asista en la misión de gobernar el pueblo santo de Dios, *roguemos al Señor.*

Por nuestra patria y por sus gobernantes, por todas las naciones y sus responsables: para que Dios les inspire pensamientos y decisiones encaminados a una paz verdadera, *roguemos al Señor.*

Por los que están en camino de conversión, por los que se preparan a recibir el bautismo o preparan el bautismo de sus hijos: para que Dios, nuestro Señor, les abra en sus sacramentos las puertas de su misericordia e introduzca a los nuevos hijos de la Iglesia en la vida nueva de Cristo Jesús, *roguemos al Señor.*

Por nuestros familiares y amigos enfermos, para que Dios, nuestro Señor, escuche sus súplicas, realice sus deseos y haga que, en su tribulación, experimenten el gozo de la misericordia divina, *roguemos al Señor.*

Dios nuestro, consuelo de los afligidos, que iluminas el misterio del dolor y de la muerte con la esperanza que brilla en el rostro de Cristo, escucha nuestras oraciones y haz que, en las pruebas de nuestro camino, permanezcamos íntimamente unidos a la pasión de tu Hijo, para que en nosotros también se manifieste el poder de su gloriosa resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira, Señor, con bondad nuestro servicio para que esta ofrenda se convierta para ti en don aceptable y para nosotros, en aumento de nuestra caridad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo Ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN 1 Jn 4, 16

Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.

O bien: Sal 17, 3

Señor, tú eres mi fortaleza, mi refugio, mi liberación y mi ayuda. Tú eres mi Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que la virtud medicinal de este sacramento nos cure por tu bondad de nuestras maldades y nos haga avanzar por el camino recto. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Una de las transformaciones más decisivas que llevó a cabo el Señor Jesús fue ampliar el alcance de las relaciones con el prójimo. En la tradición religiosa de Israel el deber de amar al prójimo quedaba reducido a la parentela cercana y a los demás descendientes de Abrahán. Prevalecía el criterio de la sangre y la nacionalidad. En la perspectiva del Evangelio el criterio no es el origen étnico sino la necesidad. El necesitado, sea de la cultura, nacionalidad o confesión religiosa que sea, es un llamado que Dios nos dirige para que lo atendamos por la simple razón que reconocemos en él a Jesús. La cantidad de oportunidades y situaciones de necesidad que se nos presentan, no son una amenaza para nuestra tranquilidad, sino una oportunidad de agradecer los múltiples gestos de predilección y de amor que Dios ha tenido hacia nosotros.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Resurrección del hijo de la viuda de Sarepta (1R 17, 17-24)

1ª lectura

La viuda piensa, según la mentalidad de la época, que la muerte de su hijo es un castigo divino por los pecados que ella hubiera cometido y en los que Dios se fija a causa de la presencia de Elías (v. 18). Pero el relato deja claro que todo es providencial para que se reconozca que Elías es profeta del verdadero Dios (v. 24).

En la acción de Elías los Santos Padres han visto un tipo de la acción de Cristo: «El hijo de aquella viuda yacía muerto, como el hijo de la Iglesia, es decir, el pueblo de los gentiles que estaba muerto por los muchos pecados y crímenes. Elías orando resucitó al hijo de la viuda; Cristo, con su venida, al hijo de la Iglesia, es decir, redime al pueblo cristiano de la cárcel de la muerte. Elías se inclinó en oración y revivió al hijo de la viuda; Cristo se acostó en la pasión y dio vida al pueblo cristiano» (Sermones atribuidos a San Agustín, *Sermones* 40,4).

La vocación de Pablo (Ga 1, 11-19)

2ª lectura

La vocación de Pablo confirma la autenticidad de lo que enseña. Su Evangelio —que no se aparta del que proclaman los demás Apóstoles (cfr 2,2; 1 Co 15,3)— no viene de un hombre, sino de la revelación de Jesucristo (v. 12). Su vocación, como la de otros enviados por Dios (cfr Jr 1,5; Is

49,1-5; Lc 1,14), manifiesta la iniciativa divina y la ausencia de méritos personales. Cuando la voluntad de Dios se le manifestó a Pablo en el camino de Damasco (cfr Hch 9,3-6), su vida cambió radicalmente (vv. 13-17): de no producirse ese cambio —que había llenado de gozo a las comunidades cristianas de Judea (vv. 22-24) y del que eran testigos los gálatas—, de nada servirían las declaraciones sobre su vocación y misión.

Pablo nos informa que tras un tiempo de retiro en Arabia (probablemente en el reino de los nabateos, al sur de Damasco), volvió a la capital de Siria (v. 17), y que después marchó a Jerusalén (vv. 18-20; cfr Hch 9,26-30; 22,18) para ver a Cefas. Su estancia junto a Pedro muestra el reconocimiento por parte de Pablo de la misión preeminente de Simón Pedro: «Se dirige a él como a persona excelsa e importante. Y no dijo: “Mirar a Pedro”, sino “Visitar a Pedro”, como afirman los que exploran grandes y espléndidas ciudades» (S. Juan Crisóstomo, *In Galatas* 1,1,18). Con este espíritu, a lo largo de los siglos, también los cristianos han manifestado su amor a Pedro y a sus sucesores, acudiendo en peregrinación a Roma «para ver a Pedro» (v. 18).

Probablemente «Santiago, el hermano del Señor» (v. 19) es quien dirigió algún tiempo la comunidad cristiana de Jerusalén y a quien se le atribuye la carta que lleva su nombre (cfr St 1,1).

Resurrección del hijo de la viuda de Naín (Lc 7, 11-17)

Evangelio

A lo largo del tercer evangelio se pone de relieve la misericordia de Dios hacia los necesitados y la obligación que tenemos de ser misericordiosos unos con otros (1,50.54.72.78; 6,36; 10, 33.37; 15,20; etc.). Aquí, San Lucas, en un milagro que sólo cuenta él, recuerda la misericordia de Jesús hacia los que sufren, ya que Él, Cristo, «es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente» (Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, n. 8).

En el milagro llama la atención la iniciativa de Jesús: no hay ninguna súplica, ni petición, ni exposición de la angustia de la viuda (v. 12). La causa del milagro es la compasión del Señor: *Jesús ve la congoja de aquellas personas, con las que se cruzaba ocasionalmente. Podía haber pasado de largo, o esperar una llamada, una petición. Pero ni se va ni espera. Toma la iniciativa, movido por la aflicción de una mujer viuda, que había perdido lo único que le quedaba, su hijo (...). Cristo conoce que le rodea una multitud, que permanecerá pasmada ante el milagro e irá pregonando el suceso por toda la comarca. Pero el Señor no actúa artificialmente, para realizar un gesto: se siente sencillamente afectado por el sufrimiento de aquella mujer, y no puede dejar de consolarla. En efecto, se acercó a ella y le dijo: no llores. Que es como darle a entender: no quiero verte en lágrimas, porque yo he venido a traer a la tierra el gozo y la paz. Luego tiene lugar el milagro, manifestación del poder de Cristo Dios. Pero antes fue la conmoción de su alma, manifestación evidente de la ternura del Corazón de Cristo Hombre* (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 166).

Ante un milagro tan semejante a los de Elías y Eliseo que narra la Biblia (cfr 1 R 17,17-24; 2 R 4,18-37), las gentes tienen a Jesús como un gran profeta (v. 16). Enseguida el texto mostrará a San Juan Bautista (cfr 7,18-19), que deja entrever, y a San Pedro, que lo confiesa abiertamente (cfr 9,20), que Jesús es mucho más que un profeta: es el Mesías enviado por Dios. La descripción de Jesús como profeta debe completarse con la otra declaración de la gente: «Dios ha visitado a su pueblo» (v. 16). En el Antiguo Testamento (Gn 21,1; 50,24; Ex 4,31; etc.), esta expresión designa las intervenciones de Dios en la historia de su pueblo. En los textos de San Lucas (cfr 1,68.78; Hch 15,14), tiene el mismo sentido. Lo que llama la atención es que se reconozca esa visita salvadora de

Dios ahora, después de unos milagros a favor de un pagano y de una mujer, mientras que Jerusalén no la reconoció cuando aconteció (19,44).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

Resurrección en Naím

Y como llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre; y ésta era viuda; y estaba con ella mucha gente de la ciudad. En viéndola el Señor, se movió a compasión, y dijo: No llores. Y llegándose al féretro lo tocó.

Este pasaje también es rico en un doble provecho; creemos que la misericordia divina se inclina pronto a las lágrimas de una madre viuda, principalmente cuando está quebrantada por el sufrimiento y por la muerte de su hijo único, viuda, sin embargo, a quien la multitud del duelo restituye el mérito de la maternidad; por otra parte, esta viuda, rodeada por una multitud de pueblo, nos parece algo más que una mujer: ella ha obtenido por sus lágrimas la resurrección del adolescente, su hijo único; es que la Iglesia santa llama a la vida desde el cortejo fúnebre y desde las extremidades del sepulcro al pueblo más joven, en vista de sus lágrimas; está prohibido llorar a quien está reservada la resurrección.

Este muerto era llevado al sepulcro en un féretro por los cuatro elementos de la materia; pero tenía la esperanza de la resurrección, ya que era llevado sobre el leño, el cual, aunque antes no nos aprovechaba, sin embargo, después que Jesús le tocó, comenzó a procurarnos la vida; esto era un signo de que la salvación se extendería en el pueblo por el patíbulo de la cruz. Habiendo oído la palabra de Dios, los lúgubres portadores de este duelo se detuvieron; ellos arrastran el cuerpo humano en el despojo mortal de su naturaleza humana. ¿Qué otra cosa es, sino que yacemos sin vida, como en un féretro, instrumento de los últimos obsequios, cuando el fuego de una pasión sin medida nos consume, o el frío humor nos invade, o una cierta indolencia habitual del cuerpo humano debilita el vigor del alma, o que nuestro espíritu, vacío de la pura luz, alimenta nuestra inteligencia con el pecado? Tales son los portadores de nuestros funerales.

Más, aunque los últimos síntomas de la muerte hayan hecho desaparecer toda esperanza de vida y que los cuerpos de los difuntos estén próximos al sepulcro, sin embargo, a la palabra de Dios, los cadáveres, dispuestos a perecer, resucitan, vuelve la voz, se entrega el hijo a la madre, se llama de la tumba, se arranca del sepulcro. ¿Cuál es esta tumba, la tuya, sino las malas costumbres? Tu tumba es la falta de fe; tu sepulcro es esta garganta —pues *su garganta es un sepulcro abierto* (Sal 5, 11)— que profiere palabras de muerte. Este es el sepulcro del que Cristo te libra; resucitarás de esa tumba si escuchas la palabra de Dios.

Aunque existe un pecado grave que no puede ser lavado con las lágrimas de tu arrepentimiento, llora por tí la madre Iglesia, que interviene por cada uno de sus hijos como una madre viuda por sus hijos únicos; pues ella se compadece, por un sufrimiento espiritual que le es connatural, cuando ve a sus hijos arrastrarse hacia la muerte por vicios funestos. Somos nosotros entrañas de sus entrañas; pues también existen entrañas espirituales; Pablo las tenía, al decir: *Sí, hermano; reciba yo de ti gozo en el Señor; alivia mis entrañas en Cristo* (Flm 20). Somos nosotros las entrañas de la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, hechos de su carne y de sus huesos. Que llore, pues, la piadosa madre, y que la multitud la asista; que no sólo la multitud, sino una multitud numerosa compadezca a la buena madre. Entonces tú te levantarás del sepulcro; los ministros de tus funerales, se detendrán, y comenzarás a pronunciar palabras de vida; todos temerán, pues, por el ejemplo de uno solo, serán muchos corregidos; y, más aún, alabarán a Dios, que nos ha

concedido tales remedios para evitar la muerte.

(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), L.5, 89-92, BAC, Madrid, 1966, pp. 272-274)

FRANCISCO – Ángelus 9.VI.13 y Homilías 17.IX.13 y 16.IX.14

¡Queridos hermanos y hermanas!

El mes de junio es dedicando tradicionalmente al Sagrado Corazón de Jesús, la máxima expresión humana del amor divino. Justamente el viernes pasado hemos celebrado la solemnidad del Corazón de Cristo y esta fiesta le imprime el tono a todo el mes. La piedad popular valoriza mucho los símbolos, y el Corazón de Jesús es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios. Pero no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que represente el centro, la fuente de la cual brotó la salvación para toda la humanidad”.

En los evangelios encontramos diversas referencias al Corazón de Jesús, por ejemplo el pasaje en el que Cristo mismo dice: “Vengan a mí todos ustedes que están cansado y opresos, y yo les daré reposo. Carguen con mi yugo y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,28-29).

Fundamental es la narración de Juan sobre la muerte de Cristo. Este evangelista de hecho da testimonio de lo que vio en el Calvario. O sea que un soldado, cuando Jesús ya estaba muerto, le atravesó el costado con la lanza y de esa herida fluyeron sangre y agua (Cfr. Gv19,33-34). Juan reconoce en este hecho, aparentemente casual, el inicio de las profecías: del corazón de Jesús, como un cordero inmolado en la cruz, viene para todos los hombres el perdón y la vida.

Pero la misericordia de Jesús no es solamente un sentimiento, es mucho más. ¡Es una fuerza que da vida, que resucita al hombre! Lo dice también el evangelio de hoy, en el episodio de la viuda de Nain (Lc 7,11-17). Jesús con sus discípulos está llegando justamente a Nain, un pueblo de Galilea, en el momento mismo en que se está realizando un funeral: cargan a un joven para enterrarlo, hijo único de una mujer viuda. La mirada de Jesús se fija en seguida sobre la madre en lágrimas.

Dice el evangelista Luca: “Al verla el Señor fue tomado de gran compasión por ella” (v.13). Esta “compasión es el amor de Dios por el hombre, es la misericordia, o sea la actitud de Dios hacia la miseria humana, hacia nuestra indigencia, en el sufrimiento, en la angustia. El término bíblico “compasión” llama a las vísceras maternas: la madre de hecho, tiene una reacción particular delante del dolor de los hijos. Así nos ama Dios, dice la escritura.

¿Y cuál es el fruto de este amor? ¡Es la vida! Jesús le dijo a la viuda de Nain: “¡No llores!”, y entonces llamó al joven muerto y lo despertó como de un sueño (cfr vv. 13-15).

La misericordia de Dios le da la vida al hombre, lo resucita de la muerte. El Señor nos mira siempre con misericordia, nos espera con misericordia. ¡No tengamos temor de acercarnos a Él! ¡Hay un corazón misericordioso! Si le mostramos nuestras heridas interiores, nuestros pecados, ¡Él siempre nos perdona. Es pura misericordia!

Dirijámonos a la Virgen María: su corazón inmaculado, su corazón de madre ha compartido al máximo la 'compasión' de Dios, especialmente en la hora de la pasión y muerte de Jesús. Nos ayude María a ser mansos, humildes y misericordiosos con nuestros hermanos.

Como una mamá que defiende a sus hijos

17 de septiembre de 2013

Como una mamá que nos ama, nos defiende, nos da la fuerza para ir adelante en la lucha contra el mal. Es ésta la imagen de la Iglesia trazada por el Papa Francisco el 17 de septiembre, durante la misa que celebró como al inicio de cada mañana en Santa Marta.

Comentando el pasaje del Evangelio de Lucas que narra la resurrección del hijo de la viuda de Naín (Lc 7, 11-17), el Pontífice describió a Jesús, quien, al ver a la mujer ante el cadáver de su único hijo muerto, “se compadeció”. Y definió el sentimiento de Cristo como “la capacidad de padecer con nosotros, de estar cerca de nuestros sufrimientos y hacerlos suyos”. Por lo demás, Él sabía bien “qué significaba ser una mujer viuda en aquel tiempo”, cuando las madres que se quedaban solas para criar a sus hijos debían confiarse a la ayuda y a la caridad de los demás. Por eso los preceptos de entonces insisten tanto en “ayudar a los huérfanos y a las viudas, porque en ese tiempo eran los más solos, los más abandonados”.

El pensamiento del obispo de Roma se dirigió a otras figuras de viudas de las que se habla en la Biblia. Hacia ellas el Señor muestra un particular “cuidado, un especial amor”, hasta el punto de que terminan por constituir “una imagen de la Iglesia, porque –explicó– también la Iglesia es en cierto sentido viuda: su esposo se ha ido y ella camina en la historia esperando reencontrarle, encontrarse con Él. Entonces ella será la esposa definitiva”. Pero –advirtió– “entretanto la Iglesia está sola”, y el Señor no es para ella visible: así que “tiene una cierta dimensión de viudedad”.

La primera consecuencia de esta viudedad es que la Iglesia se hace “valiente”, a semejanza de una madre “que defiende a los hijos”, justamente como la viuda del Evangelio “que iba al juez corrupto para defender a los hijos y al final ganó”. Porque, como subrayó el Papa, “nuestra madre Iglesia tiene ese valor de una mujer que sabe que los hijos son suyos y debe defenderles y llevarles al encuentro con su esposo”.

De la valentía se deriva un segundo elemento: la fuerza, como testimonian otras viudas descritas en las Escrituras: entre ellas Noemí, bisabuela de David, “que no tenía miedo de permanecer sola”, o la viuda macabea con siete hijos, “que por no renegar de Dios, por no renegar de la ley de Dios, fueron martirizados por el tirano”. De esta mujer un detalle impactó al Papa Francisco: el hecho de que la Biblia subraye “que hablaba en dialecto, en la primera lengua”, precisamente como hace “nuestra Iglesia madre”, que nos habla “en aquella lengua de la verdadera ortodoxia que todos nosotros comprendemos, la lengua del catecismo, esa lengua fuerte, que nos hace fuertes y nos da también la fortaleza para ir adelante en la lucha contra el mal”.

Sintetizando las propias reflexiones, el Pontífice subrayó “la dimensión de viudedad de la Iglesia, que camina en la historia esperando encontrar, reencontrar a su esposo”. Y evidenció que “nuestra madre Iglesia es así: es una Iglesia que cuando es fiel sabe llorar, llora por sus hijos y ora”. Es más, “cuando la Iglesia no llora, algo no va bien”; mientras que la Iglesia funciona cuando “va adelante y hace crecer a sus hijos, les da fortaleza, les acompaña hasta la última despedida, para dejarles en las manos de su esposo, al que al final también ella encontrará”.

Y dado que el Papa ve a “nuestra madre Iglesia en esta viuda que llora”, hay que preguntarse qué dice el Señor a esta madre para consolarla. La respuesta está en las palabras mismas de Jesús, citadas por Lucas: “¡No llores!”. Palabras que parecen decir: no llores porque “yo estoy contigo, te acompaño, te espero allí, en las bodas, las últimas bodas, las del cordero”; deja de llorar, “este hijo tuyo que estaba muerto ahora vive”. Y a éste último, tercera figura presente en la escena evangélica, el Señor se dirige, intimándole: “¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!”. Para el Pontífice son las

mismas palabras que el Señor dirige a los hombres en el sacramento de la reconciliación, “cuando nosotros estamos muertos por el pecado y vamos a pedirle perdón”.

El relato de Lucas concluye con la descripción del joven muerto, que se levanta y empieza a hablar, y de Jesús que se lo entrega a su madre. Precisamente como hace con nosotros –observó el Papa– “cuando nos perdona, cuando nos devuelve la vida”, porque “nuestra reconciliación no acaba en el diálogo” con el sacerdote que nos da el perdón, sino que se completa “cuando él nos restituye a nuestra madre”. En efecto, “no hay camino de vida, no hay perdón, no hay reconciliación fuera de la madre Iglesia”, tanto que es necesario siempre “pedir al Señor la gracia de confiar en esta mamá que nos defiende, nos enseña, nos hace crecer”.

Cuando Dios visita

16 de septiembre de 2014

Con su testimonio el cristiano debe mostrar a los demás las mismas actitudes de Dios cuando visita a su pueblo: la cercanía, la compasión, la capacidad de devolver la esperanza. Lo afirmó el Papa Francisco durante la misa que celebró el martes 16 de septiembre.

“Dios ha visitado a su pueblo” es una expresión “que se repite en la Escritura”, hizo notar inmediatamente el Pontífice refiriéndola al episodio evangélico de la resurrección del hijo de la viuda de Naín relatado por san Lucas (Lc 7, 11-17). Son palabras que, precisó, tienen un “sentido especial”, diverso de esas expresiones como “Dios ha hablado a su pueblo” o “Dios ha dado los mandamientos a su pueblo” o también “Dios ha enviado un profeta a su pueblo”.

Al afirmar que “Dios ha visitado a su pueblo”, recalcó, “hay algo más, hay algo nuevo”. Se la encuentra en la Escritura, por ejemplo, en relación con la vicisitud de Noemí, de la que -hizo notar el Papa- se dice: “Dios la visitó en su vejez y la hizo abuela”. Lo mismo, añadió, “se dice de Isabel, la prima de María: Dios la ha visitado y la hizo madre”.

Por lo tanto, “cuando Dios visita a su pueblo, quiere decir que su presencia está allí de manera especial”. Y, destacó el Papa Francisco recordando el episodio de Naín, “en este pasaje del Evangelio, donde se relata esta resurrección del muchacho, hijo de la madre que era viuda, el pueblo dice esta frase: Dios nos ha visitado”.

¿Por qué usa precisamente esta expresión? ¿Sólo porque Jesús -se preguntó el Pontífice- “ha hecho un milagro?”. En realidad hay “más”. En efecto, la cuestión fundamental es comprender “cómo visita Dios”.

Dios, puso en evidencia el obispo de Roma, visita “antes que nada con su presencia, con su cercanía”. En el pasaje evangélico Jesús “era cercano a la gente: un Dios cercano que logra entender el corazón de la gente, el corazón de su pueblo”. Luego, relata san Lucas, “ve ese cortejo y se acerca”. Por eso “Dios visita a su pueblo”, está “en medio de su pueblo, acercándose”. La “cercanía es el modo de Dios”.

Además, observó nuevamente el Pontífice, “hay una expresión que se repite en la Biblia muchas veces: “El Señor tuvo gran compasión”“. Y es precisamente “la misma compasión que, dice el Evangelio, tenía cuando vio a tanta gente como ovejas sin pastor”. Es un hecho entonces que, “cuando Dios visita a su pueblo, le está cercano, se le acerca y siente compasión: se conmueve”. Él “está profundamente conmovido como lo estuvo ante la tumba de Lázaro”. Y conmovido como el padre, en la parábola, cuando ve volver a casa al hijo pródigo.

“Cercanía y compasión: así el Señor visita a su pueblo” reafirmó el Papa Francisco. Y “cuando queremos anunciar el Evangelio, llevar adelante la palabra de Jesús, esta es la senda”. En cambio, “la otra senda es la de los maestros, de los predicadores del tiempo: los doctores de la ley, los escribas, los fariseos”. Personalidades “lejanas al pueblo”, que “hablaban bien, enseñaban bien la ley”. Sin embargo, estaban “alejados”. Y “esto no era una visita del Señor: era otra cosa”. Tanto que “el pueblo no sentía esto como una gracia, porque faltaba la cercanía, faltaba la compasión, es decir, sufrir con el pueblo”.

A la “cercanía” y a la “compasión” el Papa añadió “otra palabra que es propia del Señor cuando visita a su pueblo”. Escribe san Lucas: “El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Él - Jesús- se lo entregó a su madre”. Así que, “cuando Dios visita a su pueblo, devuelve al pueblo la esperanza. ¡Siempre!”.

Al respecto el Papa Francisco hizo notar que “se puede predicar brillantemente la palabra de Dios” y “han habido en la historia tantos buenos predicadores: pero si estos predicadores no lograron sembrar esperanza, esa predicación no sirve. Es vanidad”.

Precisamente la imagen propuesta por el Evangelio de san Lucas, sugirió el Pontífice, puede hacernos entender a fondo “lo que significa una visita de Dios a su pueblo”. Lo comprendemos “mirando a Jesús en medio de ese gran gentío; mirando a Jesús que se acerca a ese cortejo fúnebre, la madre que llora y Él que le dice “no llores”, quizás la acarició; mirando a Jesús que devolvió el hijo vivo a su mamá”. Así, concluyó el Pontífice, podemos “pedir la gracia de que nuestro testimonio de cristianos traiga la visita de Dios a su pueblo, es decir, de cercanía que siembra la esperanza”.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Resucitando a los muertos, Cristo anuncia su Resurrección

646 La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena “ordinaria”. En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es “el hombre celestial” (cf. *1 Co* 15, 35-50).

994 Pero hay más: Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: “Yo soy la resurrección y la vida” (*Jn* 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él (cf. *Jn* 5, 24-25; 6, 40) y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre (cf. *Jn* 6, 54). En su vida pública ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección devolviendo la vida a algunos muertos (cf. *Mc* 5, 21-42; *Lc* 7, 11-17; *Jn* 11), anunciando así su propia Resurrección que, no obstante, será de otro orden. De este acontecimiento único, Él habla como del “signo de Jonás” (*Mt* 12, 39), del signo del Templo (cf. *Jn* 2, 19-22): anuncia su Resurrección al tercer día después de su muerte (cf. *Mc* 10, 34).

El sentido cristiano de la muerte asociado a la Resurrección

1681 El sentido cristiano de la muerte es revelado a la luz del *Misterio Pascual* de la muerte y de la resurrección de Cristo, en quien radica nuestra única esperanza. El cristiano que muere en Cristo Jesús “sale de este cuerpo para vivir con el Señor” (2 Co 5,8).

Elías y la viuda

2583 Después de haber aprendido la misericordia en su retirada al torrente de Kérit, Elías enseña a la viuda de Sarepta la fe en la palabra de Dios, fe que confirma con su oración insistente: Dios devuelve la vida al hijo de la viuda (cf *I R* 17, 7-24).

En el sacrificio sobre el Monte Carmelo, prueba decisiva para la fe del pueblo de Dios, el fuego del Señor es la respuesta a su súplica de que se consume el holocausto [...] “a la hora de la ofrenda de la tarde”: “¡Respóndeme, Señor, respóndeme!” son las palabras de Elías que las liturgias orientales recogen en la epiclesis eucarística (cf *I R* 18, 20-39).

Finalmente, volviendo a andar el camino del desierto hacia el lugar donde el Dios vivo y verdadero se reveló a su pueblo, Elías se recoge como Moisés “en la hendidura de la roca” hasta que “pasa” la presencia misteriosa de Dios (cf *I R* 19, 1-14; *Ex* 33, 19-23). Pero solamente en el monte de la Transfiguración se dará a conocer Aquél cuyo Rostro buscan (cf. *Lc* 9, 30-35): el conocimiento de la Gloria de Dios está en la rostro de Cristo crucificado y resucitado (cf 2 Co 4, 6).

Cristo libera a la creación del pecado y de la muerte

2637 La acción de gracias caracteriza la oración de la Iglesia que, al celebrar la Eucaristía, manifiesta y se convierte cada vez más en lo que ella es. En efecto, en la obra de salvación, Cristo libera a la creación del pecado y de la muerte para consagrarla de nuevo y devolverla al Padre, para su gloria. La acción de gracias de los miembros del Cuerpo participa de la de su Cabeza.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Muchacho, a ti te lo digo: ¡levántate!

Se habla ya con insistencia de la clonación humana, esto es, de la posibilidad de hacer renacer a una persona desde sí misma, desde una de sus células, de tal manera de poder tener una segunda y, quizás, una tercera y una cuarta vida. También, la Escritura, pensándolo bien, conoce una clonación, aunque si bien de tipo distinto. La resurrección de la muerte, en el fondo, no es más que esto: un renacer para sí mismo, un iniciar un nuevo ciclo de vida, a partir de una «simiente» de la precedente, y una vida destinada ya a no morir más. Es san Pablo quien compara el cuerpo que muere a una semilla de la que brota una nueva vida:

«Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, hay también un cuerpo espiritual» (1 *Corintios* 15, 42-44).

Nos hemos introducido con este pensamiento sobre la resurrección, primero, porque cada Domingo es una conmemoración de la resurrección de Cristo y, después, porque el Evangelio de hoy nos habla precisamente de una resurrección de la muerte. Aportemos a la mente el relato:

«Iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la entrada de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor,

le dio lástima y le dijo: “No llores”. Se acercó al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: “¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate! “ El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre».

En su sublime sencillez el relato habla por sí solo y no tiene necesidad de minuciosos comentarios. Naín es una pequeña ciudad en los confines meridionales de Galilea. Existe aún con el nombre de *Nein* y cuenta con cerca de doscientos habitantes. Para llegar a ella, desde donde anteriormente se encontraba, Jesús debió caminar durante ocho o nueve horas. También, esto tiene su importancia; nos recuerda que el Evangelio no es un relato «vivido en el aire o inventado», tiene todos los signos de una verdadera historia, que se desarrolla en un tiempo y en un espacio bien exacto. No se trata de «fábulas artificialmente inventadas», sino de cosas vistas y oídas por «testigos oculares» (cfr. *2 Pedro* 1, 16).

Lo que a primera vista sobresale es la gran humanidad de Cristo, que siente estremecerse sus vísceras de compasión ante el dolor de la pobre mujer. Aquel muchacho era hijo único y la madre era viuda. Perdido el marido y ahora sin el hijo, aquella mujer ha venido a encontrarse en una de las situaciones más miserables, que se podían tener en la sociedad de aquel tiempo: se encontraba privada no sólo de todo afecto sino también de toda ayuda material para vivir.

Junto con la compasión, el episodio evangélico destaca también la pujanza de vida que se manifiesta en Cristo. Aquel cortejo, que en un cierto momento «se para», invierte la marcha y de cortejo fúnebre se transforma en acompañamiento de fiesta; es un signo pujante del cambio que la venida de Cristo ha traído al mundo. Esto es la conclusión que el evangelista confía a las voces del «coro», que cierra el relato:

«Todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios, diciendo: “Un gran Profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo”».

No ha sido sólo una mujer y una familia la que se ha beneficiado de la compasión de Cristo y por ello de alegrarse. Los presentes entienden que aquel beneficio es de todos. Todos vuelven a casa con la certeza de que Dios les ha «visitado».

Esto es lo que podemos deducir de una simple lectura del pasaje evangélico. Pero, con las palabras de Dios sucede lo que acontece con ciertos metales o elementos químicos, que, siendo en sí mismos indiferentes, apenas son puestos en contacto con un reactivo externo, el agua, la luz o cualquier otra sustancia, dan lugar a una fuerte reacción, con emisión de luz, de calor y de energía. En el caso de la palabra de Dios, los «reactivos» son dos: la Escritura y la vida. Se hace reaccionar a la Escritura con la Escritura, cuando se pone un texto bíblico en comparación con otro, semejante o contrario; se hace reaccionar a la vida, cuando se aplica la Palabra o a nuestra personal experiencia o a la realidad, que nos circunda, con sus desafíos y sus problemas.

El Evangelio de hoy nos ofrece una y otra oportunidad en las dos posibilidades. La primera lectura nos habla, igualmente ella, de la resurrección de un muchacho muerto por obra esta vez de Elías. Se trata de una bonita historia, que no cansa de volverla a escuchar:

«En aquellos días, cayó enfermo el hijo de la señora de la casa. La enfermedad era tan grave que se quedó sin respiración... Elías respondió: “Dame a tu hijo”. Y, tomándolo de su regazo, lo subió a la habitación donde él dormía y lo acostó en su cama. Luego invocó al Señor: “Señor, Dios mío, ¿también a esta viuda que me hospeda la vas a castigar, haciendo morir a su hijo?” Después se echó tres veces sobre el niño, invocando al Señor: “Señor, Dios mío, que vuelva al niño la respiración”. El Señor escuchó la súplica de Elías: al niño le volvió la respiración y revivió. Elías

tomó al niño, lo llevó al piso bajo y se lo entregó a su madre... Entonces la mujer dijo a Elías: “Ahora reconozco que eres un hombre de Dios y que la palabra del Señor en tu boca es verdad”».

¿Desde el Evangelio, qué se pone en claro con la comparación de esta página del Antiguo Testamento? Elías invoca a Dios, porque no está en su poder resucitar al muerto, sino que sólo puede suplicarle; Jesús manda por su propia autoridad: «A ti te lo digo, levántate!» En esto está toda la diferencia entre Cristo y cualquier otro intermediario humano, fuese quien fuere, hasta «Elías o uno de los profetas» (cfr. *Mateo* 16,14). Pero, la comparación con lo realizado por Elías, como sucede siempre cuando se pasa del Antiguo al Nuevo Testamento, aclara también algunas afinidades, no sólo diferencias. Elías, que se arroja tres veces sobre el cuerpo muerto del muchacho, boca a boca, ojos a ojos, corazón a corazón, es uno de los símbolos más elocuentes de lo que ha sucedido con la «visita» que Dios ha hecho arrojándose sobre su pueblo y encarnándose. En la encarnación ha sucedido esto precisamente en el plano místico: Dios se ha proyectado sobre la humanidad entera, la ha asumido enteramente, se «ha hecho en todo semejante al hombre, menos en el pecado» (cfr. *Romanos* 8) y, actuando así, le ha vuelto a dar la vida.

Pero, es hora de hacer reaccionar ahora a la palabra sobre la vida, esto es, de aplicarla a nuestra realidad existencial. ¿Qué les dice este episodio a tantas «viudas de Naín», que hay hoy en el mundo? Madres que conocen la terrible prueba de tener que acompañar al hijo al cementerio, en vez de, como sería más natural, ser ellas las acompañadas por él; madres que ven cómo yace en el lecho el hijo, si no en un féretro, en cuanto que lo ven encaminado por un mal camino, que lleva a la destrucción de sí mismo y a la muerte. También, a ellas, como a la viuda de Naín, él les repite: «No llores»; pero, lo dice, mientras se siente «conmovido» o, sin más, como sucede en una ocasión análoga, mientras él mismo llora (*Juan* 11,35). Jesús tiene para ellas la misma compasión, solidaridad, ternura, que tuvo aquel día para con la viuda de Naín. La tiene tanto mayormente cuanto más se prolonga su aflicción y se hace esperar su respuesta. Se dirá: ¿si la persona puede resucitar de la muerte, por qué sin más no impide que muera? Es la objeción que le ponían ya cuando él vivía (cfr. *Juan* 11,37). Él no respondió directamente, no desveló el «porqué»; pero, hizo entender que todo esto se solucionaría para «gloria de Dios» y en favor del hombre (*Juan* 11,4). Sin la muerte no tendría lugar ni siquiera la resurrección. Esta, nos ha asegurado el Apóstol al comienzo, es bastante más que un simple volver a la vida de antes; es cambiar lo corruptible por lo incorruptible, la gloria por la ignominia, la debilidad por la fuerza, lo material por lo espiritual.

Pero, dejemos aparte este problema, que hemos tocado tantas veces, y veamos qué más tiene que decimos el episodio evangélico aplicado a la vida. Se habla frecuentemente de casos de muerte aparente; pero, existen también mucho más frecuentes casos de muerte... no aparente, esto es, ¡que no aparecen externamente! Es el caso de quien está vivo y vegeta; pero, dentro, donde mira Dios, ya está muerto. Muerte de «segunda muerte» (*Apocalipsis* 20, 6), la muerte del alma, que conduce a la muerte eterna. Si nos ponemos en esta perspectiva de fe, ¡cuántos invisibles cortejos fúnebres atraviesan las calles de nuestras ciudades! Para todos estos resuena el grito de Cristo delante del féretro del muchacho: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!» o, más a la letra, «¡despiértate!»

En este sentido espiritual, el grito de hoy de Cristo: «¡levántate, despierta!», no es sólo para algunos, es para todos. Hay muchos modos de estar dormidos: la tibieza, la mediocridad, la insensibilidad hacia las necesidades del prójimo...

La Eucaristía nos permite experimentar personalmente lo que Jesús hizo, encarnándose como hombre, y que Elías prefiguró con su arrojarse sobre el muchacho muerto. Él se hace un solo cuerpo y un solo espíritu con nosotros; nos cubre enteramente; él, vivo, se une a nuestra muerte para resucitar también nosotros a una vida nueva.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Cristo redentor del hombre

El episodio narrado en el Evangelio de hoy —la resurrección del hijo de la viuda de Naím— se encuentra sólo en el Evangelio de Lucas; forma parte de las “tradiciones particulares” que este evangelista encontró, por su cuenta, mediante esa “información cuidadosa” de la que habla al comienzo de su Evangelio (cf Lc. 1, 2-3). Nosotros ya no podemos, por lo demás, distinguir dónde termina el hecho histórico y donde empieza la interpretación eclesial y teológica del hecho. Es evidente, de hecho, que en la narración está presente todo el plan catequístico que refleja la lectura y el uso que hizo del episodio la comunidad primitiva. La comparación de la resurrección del hijo de la viuda de Zarepta, relatada en la primera lectura, traiciona la intención de mostrar en Jesús al “gran profeta”; la facilidad con que Jesús obra el milagro (Elías debe tenderse tres veces sobre el niño, Jesús dice simplemente: ¡Levántate!), indica que es “más que Elías”; Elías “invoca al Señor”, Jesús es él mismo el Señor (Lucas aplica aquí por primera vez este título a Jesús).

El que lee hoy este Evangelio no puede conformarse ni con la lectura histórica o literal, ni con la eclesial, sino que debe llegar a la lectura espiritual. La lectura espiritual (que a menudo coincide con la litúrgica) no es un modo de manipular el hecho o de decir lo que no dice; al contrario, sirve para descubrir justamente lo que el hecho contiene pero que no se capta a simple vista; sirve para ir más allá de la superficie, a ese fondo de las cosas que no se revela sino “en el Espíritu”.

La lectura espiritual de nuestro fragmento se inicia, para mí, con esta simple constatación: Jesús, en el Evangelio, nos habla con palabras o nos habla “con gestos”. Los milagros que realiza — como el narrado hoy— son como palabras en acción; palabras mudas que, sin embargo, hacen oír su voz hasta los confines del mundo y pueden ser leídas incluso por los analfabetos.

¿Qué nos dice hoy, en la fe, ese gesto de Jesús que se conmueve, se acerca al féretro, le dice al muerto que se levante y el muerto se incorpora y empieza a hablar? Es, claramente, el símbolo de una realidad más grande, que se descubre si la vemos en el contexto de toda la Escritura, y que se puede expresar así: El Hijo de Dios, en la Encarnación, se acercó a la humanidad muerta por el pecado y la resucitó. Jesús no sólo obró algunas resurrecciones de muertos (el joven de Naím, Lázaro), sino que “es” la resurrección: “Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor, quien cree en mí vivirá eternamente” (Acl. Evang.). He aquí, pues, el mensaje espiritual de hoy que debemos desentrañar y profundizar.

Para entenderlo, debemos partir de muy lejos. En principio, Dios creó al hombre a su imagen y semejanza: “a su imagen” porque es inteligente, porque es libre, porque está investido de una soberanía sobre las cosas que proviene de la soberanía misma de Dios (cf. Gen. 1,28). Eso era lo que Dios había querido: una creatura hecha para la vida y la gloria; en cuanto a grandeza, poco inferior de los ángeles, coronado de gloria y de esplendor (cf. Sal. 8,6).

Sobre este rostro glorioso del hombre pasó el cataclismo del pecado que devastó todo, como un jardín sobre el cual se abate un ciclón dejando plantas arrancadas de raíz, flores despedazadas o aplastadas: una verdadera desolación.

No obstante, Dios, en su misericordia, no abandonó al hombre en poder de la muerte, sino que en su misericordia fue a su encuentro (Canon IV); le entregó a su Hijo único (cf. Jn. 3,16). Este es el primer vértice de la historia: Dios, en Jesús, se hace hombre entre los hombres, se introduce en la situación humana, se pone, por así decirlo, de parte de los transgresores; imita a la perfección al

hombre: es llevado en el vientre de una mujer, nace, llora, crece. La primera lectura de hoy nos proporciona el símbolo para representarnos ese misterio: Elías que se tendió sobre el niño muerto, boca sobre boca, ojos sobre ojos, manos sobre manos (cf. también 2 Re 4,34). Es lo que el Verbo hizo con la humanidad entera en la Encarnación.

Pero no basta: Jesús no sólo se hizo hombre, sino que *soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias* (Is. 53,4; Mt. 8,17); absorbió, por así decirlo, todo el mal que afligía al hombre, hasta el pecado que es la cosa más ajena a Dios: *A aquel que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado en favor nuestro* (2 Cor. 5,21). De ese Hombre que, también en lo exterior, estaba reducido a la imagen misma del castigo de Dios, se dijo: *¡Ecce homo!* He aquí a qué está reducido el hombre; he aquí la verdad verdadera sobre el hombre finalmente revelada.

Pero he aquí el segundo vértice de la historia: Jesús resurge y, al resurgir, es como si toda esa carga de pecado se hubiese disuelto; sus llagas nos curaron (cf. 1 Ped. 2,25). La humanidad pasó como a través de un gran bautismo y otro Mar Rojo: sus terribles enemigos —pecado, esclavitud, muerte— la siguieron hasta allí pero se ahogaron: *Él hundió en el mar los caballos y los carros... El abismo los cubrió, cayeron como una piedra* (Ex. 15,1.5). El grito del Viernes Santo: *Ecce Homo!* resuena en la mañana de Pascua, pero con un sabor nuevo; dice: *¡He aquí al hombre nuevo!* He aquí al hombre verdadero que hasta ahora nadie había visto, el hombre como lo había pensado Dios, libre pero obediente; “nuevo Adán” y más que nuevo Adán: no es de hecho un simple restablecimiento del antiguo (*renovatio in pristinum*) sino una *renovación mejor* (“o *felix culpa*”). *Ahora el que vive en Cristo, es una nueva criatura* (2 Cor. 5,17).

Ahora pasemos a nuestra situación: ¿cómo es que las cosas nos parecen igual que antes, como si Jesús no hubiera venido y no hubiera resucitado? Lo sabemos: Cristo nos liberó del pecado original, pero no de algunas de sus consecuencias, como la concupiscencia; en todo caso, no de nuestra libertad. La fuente del mal, que es el corazón egoísta del hombre, sigue emitiendo lo que contamina el mundo (cf. Mt. 15,11). La esclavitud se perpetúa, la sombra de la muerte retorna y cubre a la humanidad; nos encontramos periódicamente en Egipto con las cadenas en los tobillos después de haber atravesado el Mar Rojo.

Hoy, existen algunas formas de esclavitud de dimensiones gigantescas. Una, más cercana a nosotros, es el *consumismo*: hay que consumir y consumir (incluso cosas inútiles), para producir y producir y así mantener en pie una cadena de intereses y ganancias. Sin darse cuenta, el hombre se reduce a una máquina: unos a una máquina para producir, otros a una máquina para consumir (y aquí hay otra gran injusticia, porque el bienestar desenfrenado de algunos provoca o mantiene, la miseria de millones de otros). Esta es una esclavitud acolchada que los medios de comunicación (¡los persuasores ocultos!) hacen pasar por bienestar, progreso, vida verdadera y plena. El hombre es manipulado, sobrevive de él solamente la dimensión corporal y terrena; todo el resto, o sea, la dimensión espiritual del hombre, está atrofiado y muerto. “El hombre de una dimensión”, como se lo ha llamado.

Otra forma de manipulación del hombre se da en los regímenes totalitarios: allí, se sustrae al hombre lo que ni siquiera Dios se consideró autorizado a quitarle: la libertad. Un grupo de personas —generalmente un partido— se apoderó del poder y lo ejercita brutalmente; creer saber siempre y todo lo que hay en el corazón del pueblo y así no hace elecciones (elecciones verdaderas, se entiende) y reduce a la gente a marionetas, quitándole algunos de los derechos más elementales.

Al proclamar hoy el Evangelio, la Iglesia se encuentra en esta situación; no puede predicar el Evangelio a esclavos, porque Cristo vino a *anunciar la liberación a los cautivos... a dar libertad a*

los oprimidos (Lc. 4,18). El papa Juan Pablo II recordó con fuerza estas cosas en su primera encíclica dedicada a Cristo “Redentor del hombre”. Hizo una advertencia, en nombre de Cristo, a los responsables más directos de esta situación que están a nivel internacional. No obstante, debemos hacer sí que este mensaje llegue a su primer y verdadero destinatario que es el creyente y la asamblea cristiana reunida en torno al altar para recordar el misterio pascual. Debemos llevarlo hasta el pueblo. ¿De qué manera? ¿Acaso explicando qué deben hacer los gobernantes y los organismos internacionales para poner fin a la esclavitud del hombre? No, explicando más bien lo que debe hacer cada uno de nosotros. Lo que cada uno de nosotros debe hacer es: ¡desobedecer! Hay una desobediencia santa que consiste en desobedecer los dictámenes de una sociedad materialista; es necesario decir: ¡Basta, me rebelo! A quien quiere hacer de mí una máquina para producir o para consumir solamente bienes materiales —ya se trate incluso de mi mujer o mi padre— yo le digo: ¡No! Tengo también un alma en qué pensar; no sólo músculos, o estómago, o cerebro.

No estamos diciendo que no debemos trabajar, utilizar los talentos y ocuparnos de nosotros, de la familia, de los otros; sino que tiene que haber un tiempo para todo, también para el espíritu, y un tiempo para todos, también para quien no puede pensar en el espíritu porque lo asaltan necesidades elementales. “Recuerda, oh, cristiano, tu dignidad”: esta palabra de san León Magno debe circular en medio del pueblo cristiano como la palabra de Moisés circuló entre los hebreos en Egipto y los inflamó de nostalgia por la libertad perdida. Hace falta recuperar el sentido de los valores morales y la supremacía de lo espiritual sobre lo material (que es además la supremacía de la justicia sobre la fuerza).

He aquí el sentido de esta Eucaristía que estamos celebrando: aquel Jesús que un día dijo a un joven muerto: *¡Yo te lo ordeno, levántate!* es como si ahora estuviera frente a nosotros y nos repitiese a todos las mismas palabras: *¡Yo te lo ordeno, levántate! Te he liberado para que seas libre; he muerto para que tú vivas. Ahora, vengo a ti para renovarte todos mis dones: El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna* (Jn. 6,54).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en el Instituto “D. Orione” (8-VI-1986)

– El cristiano, un atleta

¿No sabéis que en el estadio todos los corredores cubren la carrera aunque uno solo conquista el premio? ¡Corred así, para ganar! (1 Cor 9,24).

Con estas palabras que hemos escuchado en la segunda lectura de esta celebración eucarística, el Apóstol Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Corinto, que tenían una cierta familiaridad con los juegos ístmicos, les exhorta a llevar una vida valiente, sobria y ascética como los atletas, pero con la diferencia de que estos lo hacían por una “corona corruptible”, sin embargo los cristianos por una “incorruptible”, es decir, eterna.

Ser cristiano quiere decir parecerse a los atletas que corren para ser los primeros, para “estar a la cabeza de los tiempos”. Ser los primeros no significa sin embargo buscar los primeros puestos y honores, sino tomar conciencia antes que nada de la propia responsabilidad de creyentes en el mundo, que espera con ansia “la revelación de los hijos de Dios” (Rom 8,19). En efecto, este mundo no es capaz de dar por sí mismo un sentido a las vicisitudes de la vida humana y espera que aquellos a los que se han revelado los misterios del reino de Dios (Mt 13,11) lo anuncien con la fuerza, la

alegría y la credibilidad que ha dado el Espíritu Santo. Por eso el cristiano no puede renunciar a ser hombre de vanguardia, atento a interpretar los “signos de los tiempos” (Mt 16,13) y a ofrecer las respuestas más adecuadas.

– Hacia el premio del cielo

Como hemos escuchado, el cristiano es un hombre que corre para conquistar el premio incorruptible. Así, el compromiso de los creyentes debe distinguirse, por su calidad y su profundidad, de una acción genérica en favor del progreso social. Sabemos que la meta última de nuestra existencia, hecha posible por la iniciativa gratuita de Dios que se ha inclinado sobre nuestra pobreza, es la vida eterna, la plenitud de la vida, la plenitud de la comunión gozosa con Él. Los cristianos “morán en la tierra, pero son ciudadanos del cielo” (Ad Diogn. V,9). Esta es la certeza que acredita toda nuestra acción y le confiere perenne novedad, posibilidad de redención y auténtica libertad de espíritu. De estos grandes valores hemos de ser testigos ante el mundo, conforme a nuestra vocación bautismal. Pero este testimonio exige –como ha recordado el Apóstol– seriedad, espíritu de sacrificio, constante empeño en anunciar con la vida lo que decimos con las palabras, sabiendo que todos “tendremos un juicio muy severo” (Sant 3,1), si no somos cada uno en su propia forma ministerial, servidores de la palabra de Dios.

– Dejarse iluminar por la luz de Cristo

Las páginas de San Pablo pueden hoy iluminar con su reflejo también el mundo del deporte, al que siempre me he dirigido con gran simpatía. No deja de tener, pues, importancia el que precisamente la vida agonística haya sido escogida como metáfora de la vida de los creyentes. En efecto, esta exige generosidad, abnegación, concordia, coraje: ideales que veo expresados de modo muy particular en competiciones de alto valor formativo. Estos os permiten profundizar los vínculos de solidaridad que os unen como hermanos, redescubrir la belleza del gesto de verdadera amistad entre participantes, sin que sea obstáculo la diferencia de naciones, de fe o de cultura. Y cuando todo esto sucede en el signo de Cristo, se ofrece claramente la posibilidad de testificar que hay un modo cristiano de ser atleta y hay un modo cristiano de ser hombres.

La resurrección del hijo de la viuda de Naim, da a Jesús por anticipado el título post-pascual de “Kyrios”, “Señor”, que ha vencido a la muerte y que da a los creyentes el Espíritu para que su vida refleje como espejo su gloria (2 Cor 3,18). También hoy, Cristo resucitado nos vuelve a decir: “¡Levántate!”. Este es el anuncio eficaz de la resurrección, la definitiva proclamación del amor de Dios por la vida. Esta es la admirable y excelente posibilidad de dejarnos iluminar por la luz de Cristo. Este es el momento para alegrarse de que un Dios que se ha compadecido del hombre (Lc 7,13) ha preparado su salvación para todos los pueblos y ha hecho a la Iglesia responsable del anuncio del Reino de Dios.

¡Levántate! Cuántas veces y en cuantas ocasiones los hombres necesitan que se les repita esta invitación. Levántate tú que estás desilusionado, levántate tú que ya no tienes esperanza, levántate tú que te has acostumbrado a una vida gris, y ya no crees que se puede conseguir algo nuevo; levántate porque Dios va a hacer “nuevas todas las cosas” (Ap 21,5).

Levántate tú que te has acostumbrado a los dones de Dios, levántate tú que te has olvidado de la capacidad de maravillarte; levántate tú que has perdido la confianza en llamar a Dios “abba” papá: levántate tú, a quien la vida parece haberte negado mucho; levántate cuando te sientas excluido, abandonado, marginado; levántate porque Cristo te ha manifestado su amor y tiene reservada para ti una inesperada posibilidad de realización y solidaridad. ¡Levántate y como el niño de Naim empezará a hablar (Lc 7,4) y tu voz podrá dar gracias por siempre

Nada nos podrá separar del amor de Cristo (Rom 8,35).

Cristo ha mostrado cómo el dolor, si se vive a la luz de la cruz, puede hacerse salvífico y fecundar la historia del mundo y de la vida de todo hombre.

Al cristiano no se le quita la cruz, pero se da en ella un sentido: asociada al misterio de la resurrección se hace anuncio de Cristo muerto y resucitado. Y si con Cristo Crucificado se recorre el camino del sufrimiento, con Él se recorrerá también el camino de la gloria de la resurrección cuya alegría no es parangonable al sufrimiento del presente (Rom 8,18).

Levántate tú que te crees acabado. Ps. 30/29,6 “Alberga la tarde llantos, mas la mañana será exultación”.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

“¡No llores!”, dijo Jesús conmovido por el dolor de esta viuda que iba a enterrar a su hijo único y, con él, todo lo que humanamente era su apoyo en este mundo. Las viudas solían estar en aquel tiempo abandonadas a la generosidad de la familia y del pueblo. ¡Cuánto insisten los profetas de Israel en reclamar la atención para estas mujeres ancianas como un precepto de Dios!

Puede ocurrir que así como en la infancia los hijos no pueden valerse por sí mismos, en la ancianidad sean los padres quienes necesiten la ayuda de sus hijos. En estos casos es de justicia el que esos hijos –incluso los casados– no regateen a sus padres la ayuda de su cariño hecho de compañía y de pequeños o grandes servicios. El deber de atender a los padres cuando no pueden valerse por sí mismos o se encuentran solos, obliga gravemente no sólo por razones de piedad y caridad sino por exigencia indeclinable de la misma ley natural.

Pero el único hijo de esta viuda ha muerto y, acompañada de una muchedumbre que llora con ella, lo sacan de la ciudad para enterrarlo piadosa y doloridamente. La triste comitiva se tropieza con Jesús que se ve hondamente afectado por el dolor de esta desconsolada mujer. “Se compadeció de ella”, comenta S. Lucas, y le dijo: “No llores”. Advertimos en estas palabras la solidaridad de Cristo con el sufrimiento humano. Jesús podía decir no llores y acompañar esas palabras con el poder de enjugar las lágrimas y devolver la alegría perdida. Y así lo hizo.

El Señor se acercó al féretro y dijo: “Joven, a ti te hablo, levántate”. El muerto se incorporó y comenzó a hablar apoderándose de toda la comitiva fúnebre un temor sagrado. Pocos milagros de Jesús despertaron en el pueblo una impresión tan viva como la que se apoderó de todos al ver al muerto levantarse. La hija de Jairo y la resurrección de Lázaro tuvo un número reducido de testigos. Este prodigio se operó, en cambio, en plena calle, ante un pueblo entero que queda deslumbrado ante el poder de Dios. El dolor ha dejado paso al asombro, al estupor y a un júbilo incontenible. Pero más que admiración por la dicha de un hijo muerto que es devuelto a su madre, hay aquí una especie de temor religioso y una certeza que embriaga a todos: “Un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo”.

La fama del milagro de Naím se extendió inmediatamente por todas las comarcas de Galilea y Judea. Este episodio, que tanto impresionó al pueblo, nos recuerda que Alguien, que no es de este mundo, nos ha visitado, que está con nosotros –“Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”, prometió el Señor (Mt 28,20)– y al que podemos acudir en nuestros apuros espirituales y materiales.

La viuda es el símbolo de la Iglesia del Apocalipsis. A esa Iglesia pertenecemos. Ella es la que espera el momento en que Dios, compadecido del destino humano, como de esta viuda, “enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni gritos, ni fatiga, porque el mundo viejo ya ha pasado. Entonces dijo el que está sentado en el trono: “Mira que hago un mundo nuevo” (Apoc 21,4). ¡Avivemos la fe!, como nos dice S.Pablo en la 2ª Lectura de hoy.: “Os notifico, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es de origen humano”.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

La esperanza, ancla del alma

I. LA PALABRA DE DIOS

1 R 17, 17-24: Tu hijo está vivo

Sal 29, 2 y 4.5-6.11 y 12a y 13b: Te ensalzaré, Señor, porque me has librado

Ga 1,11-19: Se dignó revelar a su Hijo en mí, para que yo lo anunciara a los gentiles

Lc 7, 11-17: ¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!

II. LA FE DE LA IGLESIA

«La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (1817).

«La bendición expresa el movimiento de fondo de la oración cristiana: es encuentro de Dios con el hombre; en ella, el don de Dios y la acogida del hombre se convocan y se unen. La oración de bendición es la respuesta del hombre a los dones de Dios: porque Dios bendice, el corazón del hombre puede bendecir a su vez a Aquél que es la fuente de toda bendición» (2626).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día, ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleases, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin» (Sta. Teresa de Jesús) (1821).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

Ya en el Antiguo Testamento, el poder de Dios para resucitar a los muertos se manifiesta en Elías, su profeta. Este relato de la resurrección del hijo de una viuda por parte de un profeta contrasta con el Evangelio. Para Elías es un trabajoso esfuerzo.

Jesús como «el que ha de venir» lo hace con la libertad soberana del que tiene dominio sobre la muerte. Lo realiza sin que se lo pidan; por compasión. Ante el milagro se produce la bendición.

Pablo se presenta a los Gálatas haciendo constar el origen divino de su Evangelio, la buena noticia de la justificación por la fe, sin las obras de la Ley de Moisés.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Los milagros de resurrección de muertos, signos y prenda de la Resurrección del Señor y la nuestra: 994.

La virtud de la esperanza en la vida eterna: 1817-1821.

La respuesta:

La oración de bendición: 2626-2627.

C. Otras sugerencias

El evangelista relata un segundo milagro que revela que el Señor, Dios de la vida y de la muerte, se hace presente en Jesús. Actúa libremente y por compasión. Dios es así. Ante esa revelación surge la oración de bendición y la respuesta esperanzada.

Bendecir es reconocer los dones de Dios, muchas veces no pedidos y recibidos. Esperar es un don que se basa en las promesas de Jesucristo anunciadas en su vida entre nosotros: la promesa de la vida eterna realizada con su resurrección que es prefigurada en esta otra resurrección que es de otro orden (Véase 994)

La vida cristiana se compone de oración (la bendición es una forma) y comportamiento moral (la esperanza es una virtud teologal que informa la vida).

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Ante el dolor y la necesidad.

– **La resurrección del hijo de la viuda de Naín. Jesús se compadece siempre del dolor y del sufrimiento.**

I. Contemplamos en el Evangelio de la Misa¹ la llegada de Jesús a una pequeña ciudad llamada Naín, acompañado de sus discípulos y de un grupo numeroso de gentes que le siguen. Esta ciudad se encontraba situada a unos diez kilómetros al sudeste de Nazaret y a siete u ocho de Cafarnaún.

Cerca de la puerta de la ciudad, la comitiva que acompañaba al Señor se encontró con otra que llevaba a enterrar al hijo único de una mujer viuda. Según la costumbre judía, llevaban el cuerpo envuelto en un lienzo, sobre unas parihuelas. Formaban parte del cortejo la madre y *gran acompañamiento de personas de la ciudad.*

La caravana que venía de camino se paró ante el difunto, y Jesús se adelantó hacia la madre, que lloraba por su hijo, y se compadeció de ella. *Jesús ve la congoja de aquellas personas, con las que se cruzaba ocasionalmente. Podía haber pasado de largo, o esperar una llamada, una petición. Pero ni se va ni espera. Toma la iniciativa, movido por la aflicción de una mujer viuda, que había perdido lo único que le quedaba, su hijo.*

El evangelista explica que Jesús se compadeció: quizá se conmovería también exteriormente, como en la muerte de Lázaro. No era, no es Jesucristo insensible ante el padecimiento (...).

Cristo conoce que le rodea una multitud, que permanecerá pasmada ante el milagro e irá pregonando el suceso por toda la comarca. Pero el Señor no actúa artificialmente, para realizar

¹ Lc 7, 11-17.

un gesto: se siente sencillamente afectado por el sufrimiento de aquella mujer, y no puede dejar de consolarla. En efecto, se acercó a ella y le dijo: no llores (Lc 7, 13). Que es como darle a entender: no quiero verte en lágrimas, porque yo he venido a traer a la tierra el gozo y la paz. Luego tiene lugar el milagro, manifestación del poder de Cristo Dios. Pero antes fue la conmoción de su alma, manifestación evidente de la ternura del Corazón de Cristo Hombre². Puso su mano sobre el cuerpo del joven y le dio la orden de levantarse. Y Jesús se lo entregó a su madre.

El milagro es, a la vez, un gran ejemplo de los sentimientos que hemos de tener ante las desgracias de los demás. Debemos aprender de Jesús. Para tener un corazón semejante al suyo tenemos que acudir en primer lugar a la oración; ***hemos de pedir al Señor que nos conceda un corazón bueno, capaz de compadecerse de las penas de las criaturas, capaz de comprender que, para remediar los tormentos que acompañan y no pocas veces angustian las almas en este mundo, el verdadero bálsamo es el amor, la caridad: todos los demás consuelos apenas sirven para distraer un momento, y dejar más tarde amargura y desesperación***³.

Podemos preguntarnos en nuestra oración de hoy si sabemos amar a todos aquellos que nos vamos encontrando en el mismo camino de la vida, si nos detenemos eficazmente ante sus desgracias, y, por tanto, si en el examen de conciencia diario encontramos abundantes obras de caridad y de misericordia que ofrecer al Señor.

– **Imitar al Señor. Amor con obras. El orden de la caridad.**

II. Jesucristo viene a *salvar lo que estaba perdido*⁴, a cargar con nuestras miserias para aliviarnos de ellas, a compadecerse de los que sufren y de los necesitados. Él no pasa de largo; se detiene –como le vemos en el Evangelio de la Misa de hoy–, consuela y salva. “Jesús hace de la misericordia uno de los temas principales de su predicación (...). Son muchos los pasos de las enseñanzas de Cristo que ponen de manifiesto el amor misericordia bajo un aspecto siempre nuevo. Basta tener ante los ojos al Buen Pastor en busca de la oveja extraviada o la mujer que barre la casa buscando la dracma perdida”⁵. Y Él mismo nos enseñó con su ejemplo constante la manera de comportarnos ante el prójimo, y de modo singular ante el prójimo que sufre.

Y lo mismo que el amor a Dios no se reduce a un sentimiento, sino que lleva a obras que lo manifiesten, así también nuestro amor al prójimo debe ser un amor eficaz. Nos lo dice San Juan: *No amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad*⁶. Y “esas obras de amor –servicio– tienen también un orden preciso. Ya que el amor lleva a desear y procurar el bien a quien se ama, el orden de la caridad debe llevarnos a desear y procurar principalmente la unión de los demás con Dios, pues en eso está el máximo bien, el definitivo, fuera del cual ningún otro bien parcial tiene sentido”⁷. Lo contrario –buscar en primer lugar, para uno mismo o para otros, los bienes materiales– es propio de los paganos o de aquellos cristianos que dejaron entibiar su fe, la cual poco cuenta en su modo de actuar diario.

Junto a la primacía del bien espiritual sobre cualquier bien material, no debe olvidarse el compromiso que todo cristiano de conciencia recta tiene para promover un orden social más justo, pues la caridad se refiere también, aunque secundariamente, al bien material de todos los hombres.

² SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, 166.

³ *Ibidem*, 167.

⁴ Lc 19, 10.

⁵ SAN JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, 3.

⁶ 1 Jn 3, 18.

⁷ F. OCARIZ, *Amor a Dios, amor a los hombres*, Palabra, 4ª ed., Madrid 1979, p. 103.

La importancia de la caridad en la atención a las necesidades materiales del prójimo – que supone la justicia y la informa– es tal que el mismo Jesucristo, al hablar del juicio, declaró: *venid, benditos de mi Padre... porque yo tuve hambre y me disteis de comer; ... tuve sed y me disteis de beber...*⁸. Y enseguida, el Señor señala la condenación de quienes omitieron esas obras⁹. Pidamos al Señor una caridad vigilante, porque para conseguir la salvación y alcanzar nuestro fin es necesario **reconocer a Cristo, que nos sale al encuentro, en nuestros hermanos los hombres**¹⁰. Todos los días nos sale al paso: en la familia, en el trabajo, en la calle...

– **Para amar es necesario comprender. Amor a los más necesitados.**

III. En el encuentro con aquella mujer de Naín se pone de manifiesto que Jesús se hace cargo inmediatamente del dolor y comprende los sentimientos de aquella madre que ha perdido a su único hijo. Jesús comparte el sufrimiento de aquella mujer. Para amar es necesario comprender y compartir.

Nosotros le pedimos hoy al Señor que nos dé un alma grande, llena de comprensión, para sufrir con el que sufre, alegrarnos con quienes se alegran... y procurar evitar ese sufrimiento si nos es posible, y sostener y promover la alegría allí donde se desarrolla nuestra vida. Comprensión también para entender que el verdadero y principal bien de los demás, sin comparación alguna, es la unión con Dios, que les llevará a la felicidad plena del Cielo. No es un “consuelo fácil” para los desheredados de este mundo o para quienes sufren o fracasan, sino la esperanza profunda del hombre que se sabe hijo de Dios y coheredero con Cristo de la vida eterna, sea cual sea su condición. Robar a los hombres esa esperanza, sustituyéndola por otra de felicidad puramente natural, material, es un fraude que, ante su precariedad o su utopía, conduce a esos hombres, tarde o temprano, a la más oscura desesperación¹¹.

Nuestra actitud compasiva y misericordiosa –llena de obras– ha de ser en primer lugar con los que habitualmente tratamos, con quienes Dios ha puesto a nuestro lado, y con aquellos que están más necesitados. Difícilmente podrá ser grata a Dios una compasión por los más lejanos si despreciamos las muchas oportunidades que se presentan cada día de ejercitar la justicia y la caridad con aquellos que pertenecen a la misma familia o trabajan junto a nosotros.

La Iglesia sabe bien que no puede separar la verdad sobre Dios que salva de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y por los más necesitados¹². “Las obras de misericordia, además del alivio que causan a los menesterosos, sirven para mejorar nuestras propias almas y las de quienes nos acompañan en esas actividades. Todos hemos experimentado que el contacto con los enfermos, con los pobres, con los niños y los adultos hambrientos de verdad, constituye siempre un encuentro con Cristo en sus miembros más débiles o desamparados y, por eso mismo, un enriquecimiento espiritual: el Señor se mete con más intensidad en el alma de quien se aproxima a sus hermanos pequeños, movido no por un simple deseo altruista – noble, pero ineficaz desde el punto de vista sobrenatural–, sino por los mismos sentimientos de Jesucristo, Buen Pastor y Médico de las almas”¹³.

⁸ Cfr. *Mt 25, 31-40*.

⁹ Cfr. *Mt 25, 41-46*.

¹⁰ SAN JOSEMARÍA, *o. c.*, 111.

¹¹ Cfr. F. OCARIZ, *o. c.*, p. 109.

¹² Cfr. SAN JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, 37.

¹³ B. ALVARO DEL PORTILLO, *Carta 31-V-1987*, n. 30.

Pidamos al Corazón Sacratísimo de Jesús y al de su Madre Santa María que jamás permanezcamos pasivos ante los requerimientos de la caridad. De ese modo, podremos invocar confiadamente a Nuestra Señora, con palabras de la liturgia: *Recordare, Virgo Mater...* Acuérdate, Virgen Madre de Dios, mientras estás en su presencia, *ut loquaris pro nobis bona*, de decirle cosas buenas en nuestro favor y por nuestras necesidades¹⁴.

Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España) (www.evangelii.net)

«No llores»

Hoy también nosotros quisiéramos enjugar todas las lágrimas de este mundo: «No llores» (Lc 7,13). Los medios de comunicación nos muestran —hoy más que nunca— los dolores de la humanidad. ¡Son tantos! Si pudiéramos, a tantos hombres y mujeres les diríamos «levántate» (Lc 7,14). Pero..., no podemos, ¡no podemos, Señor! Nos sale del alma decirle: —Mira, Jesús, que nos vemos desbordados por el dolor. ¡Ayúdanos!

Ante esta sensación de impotencia, procuremos reaccionar con sentido sobrenatural y con sentido común. Sentido sobrenatural, en primer lugar, para ponernos inmediatamente en manos de Dios: no estamos solos, «Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,16). La impotencia es nuestra, no de Él. La peor de todas las tragedias es la moderna pretensión de edificar un mundo sin Dios e, incluso, a espaldas de Dios. Desde luego es posible edificar “algo” sin Dios, pero la historia nos ha mostrado sobradamente que este “algo” es frecuentemente inhumano. Aprendámoslo de una vez por todas: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

En segundo lugar, sentido común: el dolor no podemos eliminarlo. Todas las “revoluciones” que nos han prometido un paraíso en esta vida han acabado sembrando la muerte. Y, aun en el hipotético caso (¡un imposible!) de que algún día se pudiera eliminar “todo” dolor, no dejaríamos de ser mortales... (por cierto, un dolor al que sólo Cristo-Dios ha dado respuesta real).

El espíritu cristiano es “realista” (no esconde el dolor) y, a la vez, “optimista”: podemos “gestionar” el dolor. Más aún: el dolor es una oportunidad para manifestar amor y para crecer en amor. Jesucristo —el “Dios cercano”— ha recorrido este camino. En palabras del Papa Francisco, «conmoverse (“moverse-con”), compadecerse (“padecer-con”) del que está caído, son actitudes de quien sabe reconocer en el otro su propia imagen [de fragilidad]. Las heridas que cura en el hermano son unguento para las propias. La compasión se convierte en comunión, en puente que acerca y estrecha lazos».

¹⁴ GRADUALE ROMANUM, *Solesmes*, Desclée, Tournai 1979. Antífona de la Misa común de la Virgen.